

De Cristo.

La Humanidad debería caer de rodillas ante esta historia, porque el sacrificio es lo más hermoso que hay en el mundo, y un Dios nacido en un pesebre y muerto sobre la cruz sobrepasa los límites de los más grandes sacrificios.

De los romanos.

Era aquél un pueblo sabio, un pueblo industrial, sano y fuerte, como hay pocos. Sin filosofía, sin idealismo; no perdiéndose apenas en abstracciones, pero no considerando que el poder *sobre la tierra*, la grandeza *sobre la tierra* y la inmortalidad *sobre la tierra* sea la del nombre... En este punto, el cráneo de Bonaparte fué semejante a un cráneo romano, pues casi no se ocupaba de otra cosa.

Todo romano se consideraba como un actor: aceptaba tal o cual papel y lo representaba estudiándolo hasta donde podía llegar. «Yo desempeño el papel de republicano»—dijo Catón—. Terminado su papel, terminó la República y se mató. «He desempeñado el papel de emperador»—dijo Augusto—; aplaudid y bajad el telón: muero.» La vida pública de los romanos estribaba siempre únicamente en eso.

Pudor.

Un día, ella se mudaba de camisa; vió a su perro contemplarla y lamerle los pies; la camisa que se estaba quitando cayó demasiado pronto: todavía no tenía la otra puesta. Completamente desnuda, dejó caer la que iba a ponerse, y horrorizada, se arrojó en el lecho, desvanecida.

El único momento bello de una obra es aquel en que se escribe.

Una tragedia acerca del adulterio.

Por mucho que se haya abusado de este crimen, no se ha sondeado aún la profundidad de los suplicios del amante, de su vergüenza ante el esposo traicionado.

1830

Martes 27 de Julio.—Hoy comienzan las sublevaciones populares. Las Ordenanzas del 25 son la causa de ello. El rey va a Compiègne y deja a los ministros que hagan fuego sobre el pueblo. Se oyen las detonaciones mientras escribo. Me siento satisfecho de

haber abandonado el ejército; trece años de servicios mal recompensados me dejaron cumplir con los Borbones. Desde el advenimiento de Carlos X predije que éste intentaría llegar al Gobierno absoluto. Odia la Constitución y no la comprende. Las viejas de la Corte y los favoritos le dominan. Ha llegado a introducir al señor de Polignac en el Ministerio y quiere mantenerlo a toda costa. Ha sido duramente insultado por los doscientos veintiún diputados de la Cámara. Cree poder hacer como Bonaparte. Bonaparte se colocaba de pie tras de sus cañones en Saint-Roch. Carlos X está en Compiègne. Ha dicho: «Mi hermano lo cedió todo, y ha caído; yo me resistiré, y no caeré.» Luis XVI ha caído hacia la izquierda, y Carlos X hacia la derecha: esa es la única diferencia.

Miércoles 28.—Ya no puedo atravesar París. Los obreros son unos infames; rompen los reverberos, asaltan las tiendas, matan y son fusilados y perseguidos por la Guardia. Según dicen, el 50 de línea se ha negado a hacer fuego sobre el pueblo.

He aprobado el Ministerio del Duque de Richelieu: el del señor de Martignac. La única manera de reconciliar la *Restauración* con la *Revolución*—las dos eternas enemigas—era la de gobernar con los dos medios y aplastar con su peso los extremos. Hoy le exalta un extremo. Desórdenes. Ilegalidad. Los ministros están *out laws*, fuera de la ley, y han colo-

cado también fuera de ella al rey. ¿Por qué no está en París? ¿Por qué el Delfín está ausente...?

El artículo 14 de la Constitución, que ha servido de pretexto para las Ordenanzas, dice:

«El rey... hace los Reglamentos y Ordenanzas necesarias para la ejecución de las leyes y la seguridad del Estado.»

Es evidente que el inciso *la seguridad del Estado* es el complemento del primero. *El Estado es la ley armada*; la seguridad del Estado es la seguridad de la ley en su curso. Esto no puede ser entendido de otro modo, sin una artimaña de jesuita o de abogado.

Del miércoles al jueves 29.—Desde esta mañana se batalla. Los obreros tienen una valentía de vandeanos; los soldados, un valor de guardias imperiales; al fin, franceses. Ardor e inteligencia por una parte; honor, por la otra. ¿Cuál es mi deber? Proteger a mi madre y a mi mujer. ¿Qué soy? Capitán retirado. Hace cinco años que abandoné el servicio. La Corte no me dió nada durante mis servicios. Mis escritos le disgustaban; los encontraba sediciosos. Luis XIII era de tal modo, que me hacía decir a menudo: *Sois muy liberal*. Recibí de los Borbones un grado por *antigüedad* en el 5.º de la Guardia, el único, pues entré de teniente. Y, no obstante, si el rey vuelve a las Tullerías y el Delfín se pone al frente de las tropas, iré a morir con ellos.

Toque de alarma.

Desde la ventana he visto el incendio de los tejados. La confusión, pues, procederá del fuego... ¡Pobre pueblo, grande y guerrero...!

He preparado mi antiguo uniforme. Si el rey recuerda a todos los oficiales, iré. Y su causa es mala; está en la infancia, como toda su familia; está en la infancia para vivir en nuestro tiempo, que no comprende. ¿Por qué he comprendido que me debía a este muerto...? Es absurdo. No sabrá mi nombre ni mi fin. Mi padre, cuando yo era todavía niño, me hacía besar la cruz de San Luis, bajo el Imperio; superstición, superstición política, sin raíces, pueril; viejo prejuicio de noble fidelidad, de atracción de la familia; especie de vasallaje, de parentesco establecido entre el siervo y el señor... Pero, ¿cómo no ir mañana por la mañana, si nos llama a todos...? He servido al rey durante trece años. Esta palabra: el rey, ¿qué significa...? ¡Y abandonar a mi anciana madre y a mi mujer, que cuentan conmigo...! Las abandonaré; es muy injusto, pero será preciso.

La noche acabará pronto.

Todavía se oye el cañón.

Jueves 29.—No vienen a París, que muere por ellos. ¡Raza de los Estuardos...! ¡Oh...! Me quedo con mi familia.

Ataque de los cuarteles de la calle Verde y del Seminario. Valentía incomparable de los obreros cerra-

jeros. He sacado la cabeza por la ventana para ver si algún herido de cualquiera de los dos bandos venía a refugiarse en mi puerta. Acaban de hacer fuego sobre mí; han creído que pretendía tirar desde la ventana. Los tres balazos han roto la cornisa de mi ventana. En veinte minutos han sido tomados los dos cuarteles.

Viernes 30.—No ha parecido ni un príncipe. Los pobres valientes de la Guardia están abandonados, sin órdenes y sin pan, desde hace dos días, acosados por todas partes y batiéndose siempre. ¡Oh, guerra civil! ¡Esos devotos obstinados te han acarreado...!

Alejaos de todas partes. París es libre.

Sábado 31.—¡He aquí, en tres días, este viejo trono minado...!

He terminado para siempre con las enojosas supersticiones políticas. Sólo ellas podían turbar mis ideas con los movimientos del instinto. Si el duque de Enghien, o siquiera el duque de Berry, hubiesen estado aquí, yo habría muerto. Tal vez hubiera sido peor. ¡Quién sabe lo que haré!

1.º de Agosto.—El duque de Orleans es acogido fríamente por el pueblo. Sus partidarios han creído que su nombre de Borbón le perjudicaba. Proclaman que no pertenece a los *Capets-Bourbons*, sino que es *Valois*.

10 de Agosto.—Coronación de Luis Felipe I.—Grave ceremonia.—Es una *coronación protestante*.—Conviene a un poder que no tiene ya nada de místico—dice *El Globo*—. Yo le encuentro el defecto radical de que el trono no se sustenta en el llamamiento del pueblo ni en el derecho de legitimidad: está sin apoyo.

Se haría una buena comedia con los *jefes de partido*, que lo han sido, a pesar suyo, durante las tres primeras jornadas.

11 de Agosto.—No se habla de los oficiales de la Guardia que han tenido nobles rasgos de valentía. Un teniente del sexto de la Guardia que había recibido orden de hacer fuego se negó a ello porque la calle se encontraba llena de mujeres y niños. El coronel reiteró la orden y le amenazó con arrestarlo. El oficial cogió una pistola y se levantó la tapa de los sesos.

Le Moteux, capitán del primer regimiento, presentó su dimisión el mismo día en que se publicaron las desatinadas Ordenanzas [del señor de Polignac. Por la tarde, empezó el combate. Fué a ver a su coronel, y le rogó que considerase su dimisión como no presentada. Su compañía se había refugiado en la Magdalena, en las columnas de la iglesia. Le intimidaron a rendirse, se negó a ello, y cayó muerto.

Estos dos ejemplos pueden servir de símbolo perfecto para expresar la situación de ánimo de la Guar-

dia Real. Ha cumplido noblemente con su deber, pero en contra de su voluntad. Mientras el ejército exista, la obediencia pasiva debe ser respetada. Pero es una cosa deplorable el ejército.

21 de Agosto.—En política no tengo ya corazón. No me pesa haberlo perdido: entorpecía a mi cabeza. ¡Ay! En lo sucesivo, sólo mi cabeza juzgará, y con serenidad.

La Fortuna, arrojando al aire sus dados, no había traído hasta ahora la realeza democrática. Vamos a ver lo que es eso.

He organizado la segunda compañía del cuarto batallón de la primera legión de la Guardia Nacional, nombrando inmediatamente mi sargento mayor y encargándole de la contabilidad. Yo mismo me he encargado del mando y he recorrido tres calles.

29 de Agosto.—Revista de la Guardia Nacional en el Campo de Marte. He mandado bastante militarmente el cuarto batallón de la primera legión. El rey Luis Felipe I, después de haber desfilado por delante del batallón, ha detenido su caballo, se ha quitado el sombrero y me ha dicho:

—Señor de Vigny; me siento muy satisfecho de verle, y más de verle aquí. Su batallón es muy her-

moso. Dígaselo a todos esos señores, de mi parte, ya que yo no puedo hacerlo por mí mismo.

Le he encontrado bello y semejante a Luis XIV; aproximadamente, como la señora de Sevigné encontraba a Luis XIV el rey más grande del mundo después de haber bailado con él.

Por si hago la novela que proyecto de *La vida y la muerte de un soldado*.

Idea fundamental: La obediencia pasiva.—El martirio de un soldado.

Colocaré entre él y el segundo personaje a una actriz que le siga a todas partes y que le cuente la vida de su hermano, que siguió una magnífica carrera política de abogado, llena de *traiciones y de recompensas*.

El día en que ya no haya entre los hombres entusiasmo, amor, adoración ni abnegación, cavemos la tierra hasta su centro, pongamos quinientos mil barriles de pólvora y que estalle en pedazos, como una bomba, en medio del firmamento.

Entierro de Benjamín Constant. Sólo le vi una vez el invierno último en casa de la señora O'Reilly. Tuvo una deliciosa coquetería respecto de mí, diciéndome que me miraba como al más grande de los escritores jóvenes. Cuando le hablé del encarnizamiento con que se perseguía la poesía por las iz-

quierdas de la Cámara, me dijo que éste era asunto de buenos académicos, que suponía un temor de aparecer como queriendo romper todas las cadenas, y que se querían conservar las más ligeras: *las de las reglas literarias*... Entablé con él una especie de discusión discreta a este respecto, y se dejó refutar, con Walstein, muy complacientemente.

Era un hombre de un espíritu superior. Combatí siempre sin recompensa: lo que yo estimo; pero creo que había puesto su punto de mira muy alto y no lo alcanzó. No se hubiera considerado satisfecho con ser par de Francia o primer ministro. Quizá necesitaba una República y ser su presidente. La dinastía de los Borbones le importunaba, y contribuyó a derribarla; y la tristeza que confesó en la tribuna procedía de la impotencia en que se hallaba sumido por no poder fundar nada sobre las ruinas que hizo.

Tenía un perfil bastante noble y ademanes elegantes y graciosos. Era hombre de mundo y hombre de letras, lo cual constituía una extraña mezcla, un conjunto exquisito. Creo que tenía un corazón frío y ninguna imaginación.

Los franceses tienen imaginación durante la acción, y rara vez durante la meditación solitaria.

El mundo camina como un necio: avanza balanceándose muellemente entre dos absurdidades: el derecho divino y la soberanía del pueblo.

Se ha dicho que jamás veré una asamblea de hombres cualesquiera sin que me lata el corazón, sintiendo una cólera sorda contra ellos, ante la seguridad de su mediocridad, de la suficiencia y puerilidad de sus decisiones y de la ceguera absoluta de su conducta.

¡Oh, huir, huir de entre los hombres y retirarse con algunos elegidos, elegidos entre mil millares de miles...!

París está inundado de hojas periódicas en las que los escritores se lanzan al rostro, unos a otros, innobles y violentas injurias, y, completamente cubiertos de cieno, encuentran aún el medio de sonreirse, estrecharse la mano y vivir juntos familiarmente. Defensores insolentes de causas en las cuales no creen. Mientras tanto, se ha visto a los oficiales, divididos en dos bandos, cumplir en silencio sus rigurosos deberes y hacer su correspondiente maniobra mortal, respetando el nombre y el honor de su fraternal enemigo. Haríais mejor matándoos que difamándoos.

Presentaría el aspecto de un sectario o de un hipócrita si lanzase a Francia hacia la República, y, sin embargo, Francia es demócrata desde 1789.

1831

29 de Diciembre.—Nacer sin fortuna es el mayor de los males. Nunca se obtiene en esta sociedad, que se fundamenta en el oro.

Soy el último hijo de una familia muy rica. Mi padre, arruinado por la Revolución, consagra el resto de sus bienes a mi educación. ¡Buen viejo de cabellos blancos, espiritual, instruido, herido, mutilado por la guerra de los Siete Años, y alegre y lleno de bondades y amabilidades...! Se me educa bien. Se me desarrollan los sentimientos artísticos con que vine al mundo. Durante todo el tiempo del Imperio, tuve el corazón emocionado por el deseo de ir al ejército. Pero es preciso tener edad. Por otra parte, el grande hombre es detestado; se alejan de él mis ideas tanto como es posible.

Viene la Restauración. A los diez y seis años me armo de dos pistolas, y con una escarapela blanca en el sombrero voy a unirme a todos los realistas que se manifestaban débilmente.

Entro en las compañías rojas contra viento y marea. Un caballo me rompe una pierna. Cojeando, y apenas curado, causo la derrota de Luis XVIII hasta Bethune, siempre a la retaguardia y al frente de los lanceros de Bonaparte.

En 1815, en la Guardia Real, después de un mes en

← poder del oro